



ÉTICA ACTUAL

CURRENT ETHICS

ALFREDO MARCOS, CARLOS JAVIER ALONSO, UN PASEO POR LA ÉTICA ACTUAL, DIGITAL REASONS, MADRID, 2020, 186 PP.

Un paseo por la ética no es un tratado de ética general, ni siquiera un compendio de la disciplina, sino que en este caso lleva a asomarse a vuelapluma al paisaje ético de nuestro tiempo. Desfilan por sus páginas las corrientes más significativas del momento y sus representantes, así como algunos problemas prácticos con una innegable relevancia moral. Avalados por su dedicación a la filosofía de la ciencia y más en particular por sus investigaciones y divulgaciones en el campo de la Biología, los autores aciertan a proyectar la perspectiva ética sobre esa base y a orientar al lector en un panorama abigarrado y confuso.

La primera parte atiende a los tres tipos de enfoque dominantes: el deontologismo de matriz kantiana, el utilitarismo en su versión consecuencialista y la ética de la virtud, no para hacer una descripción detenida de cada uno, sino derechamente para mostrar las carencias antropológicas y ontológicas de los dos primeros y argumentar la opción que toman por una ética de la virtud a la altura de nuestro tiempo, que vaya acorde con el despegue que esta ha experimentado a lo largo de las últimas décadas y también con las fisuras que nos han legado las otras dos direcciones, ligadas en el mundo moderno a los planteamientos de la Ilustración. No se oculta que un enfoque semejante es el que preside la producción de Alasdair Mac Intyre desde la aparición de su obra *Tras la virtud* en 1981.

Comparto con los autores que las éticas deontológica y consecuencialista, pese a ser divergentes en sus tesis,

acaban confluyendo en aquellas corrientes contemporáneas a las que se identifica como principialismos. Se entiende que sea así, porque si se dejan indeterminados los contenidos del deber y se está falto de recursos ontológicos y antropológicos en los que fundarlos, no queda más que el criterio empírico del mayor bienestar para el mayor número.

La ética de la virtud no se adscribe aquí en exclusiva a una determinada filiación, sino que se la contempla transversalmente y dando respuesta a dificultades provenientes de los otros planteamientos. “La ética de la virtud no acepta la reducción de la moral a una serie de principios abstractos, sino que la entiende como una forma de vida que brota de un determinado agente y de una cierta comunidad” (p. 88). Partiendo de su fundamentación y elaboración clásica por Aristóteles y los complementos decisivos aportados después por los autores cristianos, experimentó una devaluación en el mundo moderno, al sustituir el modelo de la verdad objetiva por el paradigma de la certeza subjetiva. Lo cual llevaría a Kant a separar los órdenes del conocimiento teórico y de la razón práctica, con la consiguiente marginación de la prudencia, que intervenía en Aristóteles como línea de sutura entre verdad teórica y verdad práctica.

Se puede decir que en nuestros días se ha desembocado en una ética de la virtud desde diversas líneas de pensamiento procedentes de 1) la tradición analítica del lenguaje como en Peter Geach, Elisabeth Anscom-

be o Philippa Foot; 2) la llamada ética del cuidado representada por Marta Nussbaum, Hans Jonas, Michel Slote o Carol Gilligan, extensiva al marco ecológico y a las relaciones interhumanas concretas; 3) la teoría ética basada en la prioridad del agente sobre sus acciones, hacia quien estas se vuelven narrativamente y le realimentan, asignando su lugar a la responsabilidad del agente, dirección en la que podríamos situar entre otros a Ricoeur; 4) y desde luego los autores de entronque aristotélico-tomista como Giuseppe Abbà, Martin Rhonheimer, Josef Pieper o el mismo Mac Intyre. En conjunto, son autores que subrayan el enraizamiento de los sujetos en un marco comunitario, al cual elevan con las prácticas personales de las virtudes, ya se refieran a la solidaridad, a las iniciativas sociales promotoras de libertad, a la lealtad o a la fidelidad a las promesas.

No ignoran los autores del libro la incisividad de la crítica de falacia naturalista frente a la reposición de la naturaleza humana como fuente de los deberes y de la virtud en su normatividad. Pero le salen al paso a esta crítica arguyéndole desde el incuestionado supuesto, aludido más arriba, de la disociación entre el ser y el deber, de la que se nutre la presunta falacia naturalista. La noción de naturaleza humana éticamente fundante ha de ser entendida teleológicamente, incluyendo ella misma, de acuerdo con su sentido primigenio, la dirección dinámica hacia su bien específico. Es claro que si no es a costa de reducir la naturaleza a un dato de hecho y descriptivo, no se la podrá reconocer en la premisa fáctica que los defensores de la falacia naturalista contraponen al «deber».

Sin embargo, este cuadro sería, a mi juicio, aún más esclarecedor, si se incluyera la ética de tradición fenomenológica. Aunque es una ética que en general no se centra en la virtud, sino en los valores, hay que destacar el ensayo que Max Scheler dedicó a la rehabilitación de la virtud o la reelaboración del conjunto de las virtudes en la Ética de Dietrich von Hildebrand o la intención ética presente en actitudes como la hospitalidad o la guarda del otro en Emmanuel Levinas. Conceptos fenomenológicos como la intención sobreactual, las actitudes

éticas o las motivaciones básicas han buscado proporcionar una unidad de fondo a las distintas virtudes, en una línea no alejada de lo que Aristóteles entendía por *sumploke* o compleción sistémica de las virtudes, pero que no se deja enmarcar fácilmente en el eudemonismo aristotélico.

La segunda parte del libro pasa revista a cuestiones problemáticas, como la biotecnología, la ideología de género, la deformación de la dignidad del hombre, la ecología, el animalismo y los atentados a la vida humana en las formas de aborto y eutanasia: es cierto que estos últimos no son los únicos atentados, sino que existen otras esclavitudes no menos degradantes para el ser humano, pero es distintivo de los dos primeros a tentado que se los pretenda disfrazar eufemísticamente con los nombres de interrupción voluntaria del embarazo y de muerte digna.

En Bioética proponen la resistencia al dilema, tantas veces presentado perezosamente como inevitable, y la opción alternativa por la creatividad y el hallazgo de nuevas vías. Así, frente a la disyuntiva presuntamente insoslayable de la opresión por el sufrimiento o quitarse la vida se abre la viabilidad de los cuidados paliativos; o ante el dilema del sacrificio de embriones o la renuncia a la investigación se ofrece la salida de investigar con las células troncales. Se puede ejemplificar esta actitud con el concepto, no mencionado en el libro, de la resiliencia, tomado de la resistencia que ofrecen los materiales a su manipulación ingenieril y que en su traslación bioética alude a la capacidad psíquica para resurgir de las adversidades y contratiempos a que está expuesta la personalidad. Una persona se hace resiliente según vaya recuperando su comportamiento habitual y salga inmunizada del choque con el impacto vírico. La resiliencia trasciende el dilema entre el atenazamiento por el sufrimiento y la eliminación del sufriente.

No puedo aquí internarme en las abundantes cuestiones impecablemente tratadas en el libro. Pero terminaré destacando que el punto de vista ético de la virtud se revela especialmente fructífero cuando se ve al hombre desde la complementariedad entre autonomía y dependencia o, en otros términos, entre el dar

y el recibir. Son virtudes del dar la generosidad, la beneficencia o la misericordia; y son virtudes del recibir la gratitud, la paciencia o la cortesía. Unas y otras son éticamente necesarias a todos los hombres y mujeres, ya que en ellas se apela o a la iniciativa magnánima o a la vulnerabilidad que aqueja a los humanos desde la concepción hasta la muerte. Si la cultura moderna y particularmente la Ilustración habían exaltado el arrojo y la autonomía en el hombre (*sapere aude!*), la cultura contemporánea ha acentuado los signos de dependen-

cia, tales como las redes sociales, la globalización, la soledad de los mayores o la fragilidad del progreso, aspectos todos ellos favorables a una ética de la virtud asentada sobre el suelo de la reciprocidad.

Urbano Ferrer
(Catedrático emérito de Filosofía Moral de la
Universidad de Murcia)
ferrer@um.es

